

**El ecologismo como religión global:
¿Un caballo de Troya para la Iglesia Católica?**

Fernando del Pino Calvo-Sotelo

Nos ha tocado vivir tiempos complicados, llenos de confusión y de ambigüedad, tiempos en los que los poderes del mundo están lanzando una ofensiva para borrar las líneas que distinguen el bien del mal haciendo así ilegible el mapa que nos indica el camino para no perdernos. Tiempos de relativismo, en que el mundo nos niega que exista una verdad absoluta cuando ésta habla de Dios o del bien mientras nos impone tiránicamente como verdades indiscutibles, como falsos dogmas, una sarta de mentiras. En estos tiempos hace falta, como recientemente decía el Cardenal Sarah, “trabajar contra corriente”, vivir contra corriente, amar la verdad, luchar por ella, defenderla contra quienes la atacan ¡y no perder jamás la esperanza! Es un combate duro, pero un buen combate.

En esta lucha debemos estar muy alertas para distinguir el trigo de la cizaña, porque el enemigo es muy astuto y sabe perfectamente que el mal, cuando se presenta con excesivo descaro, desnudo y sin trampas, resulta feo y suele producir rechazo. Por esta razón, desde la caída de nuestros primeros padres el mal nos engaña disfrazándose de bien: “entonces la mujer se dio cuenta de que el árbol era bueno de comer, atrayente a los ojos y deseable...” (*Gen 3, 6*). Una forma habitual por la que el mal se disfraza de bien es recubriendo la mentira con una fina y reluciente capa de verdad. Esto es exactamente lo que ocurre con la ideología ecologista, que tiene un disfraz extraordinario: ¿Quién en su sano juicio podría oponerse a la preservación del verde de los bosques y del azul de los océanos, a la salvaguarda de la diversidad maravillosa de la creación, a la limpieza del aire y al uso responsable de los recursos? Todo esto es bueno y deseable, pero es una tapadera, un engaño, una trampa. La realidad, como veremos, es otra. Por último, dado que “no hay libertad fuera o contra la verdad”¹, debemos comprender que tras la mentira que permea la ideología ecologista subyace un intento de arrebatar nos nuestra libertad.

San Juan Pablo II nos recordaba que, por el pecado y la mentira, “la capacidad de conocer la verdad del hombre queda a veces ofuscada”². En efecto, en ocasiones parecemos ciegos y sordos. “¿Tenéis el corazón embotado? ¿Tenéis ojos y no veis, tenéis oídos y no oís? (*Mc 8, 18*), nos interpela el mismo Jesucristo. De ahí la necesidad de ejercitar la virtud cristiana de la prudencia para discernir el bien del mal. Pues bien, el disfraz de la ideología ecologista es tan engañoso que incluso está siendo capaz de provocar confusión en algunos sectores de nuestra Santa Madre Iglesia, a la que como hijo me siento llamado a defender.

“No os conforméis a la mentalidad de este mundo (*Rom 12, 2*)”. El mundo tienta constantemente a la Iglesia, y quizá hoy en día su mayor tentación sea inducir a

¹ SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor* (96)

² *Ibid* (1)

la Iglesia a hacer “catolicismo electoral”³ en la errónea creencia de que descafeinar el mensaje de Cristo llenará los templos hoy vacíos. Sin embargo, la misión de la Iglesia no es ser popular, sino ser testigo de Cristo, ser fiel a Cristo, reflejar la luz de Cristo, ser obediente a la verdad de Cristo. Las normas morales que defiende la Iglesia no son las suyas propias, sino las de su Fundador y Cabeza, Jesucristo. Por lo tanto, no puede cambiarlas, puesto que no son suyas, y descafeinarlas no es caridad ni misericordia. Es justo al contrario. “Corregir al que se equivoca” es una de las obras de misericordia, y San Pablo VI nos recordaba que «no disminuir en nada la doctrina salvadora de Cristo es una forma eminente de caridad hacia las almas”.

San Juan Pablo II desarrolla la idea de que la Iglesia es *Mater et Magistra*, Madre, pero también Maestra: “La doctrina de la Iglesia (...) es juzgada no pocas veces como signo de una intransigencia intolerable, (...) que estaría en contraste con su condición maternal. Pero, en realidad, la maternidad de la Iglesia no puede separarse jamás de su misión docente, que ella debe realizar siempre como esposa fiel de Cristo, que es la verdad en persona. «Como Maestra, no se cansa de proclamar la norma moral, de la que no es ciertamente ni la autora ni el árbitro (...). La Iglesia jamás podrá renunciar al «principio de la verdad y de la coherencia, según el cual no acepta llamar bien al mal y mal al bien»⁴. No obstante, la defensa del bien y de la verdad ha llevado con frecuencia a la Iglesia a ser perseguida, por lo que la segunda gran tentación que sufre hoy la Iglesia es evitar la persecución a toda costa, renegar del martirio, hacer las paces con el mundo olvidando las palabras de esperanza de Jesucristo: “En el mundo tendréis luchas; pero tened valor, yo he vencido al mundo” (*Jn 16, 33*).

Y si la Iglesia tiene una misión, el Papa, como Vicario de Cristo, tiene otra, que es confirmar en la fe, porque el sucesor de Pedro no es el dueño del Magisterio, sino el custodio del depósito de la fe, que recoge de su predecesor y entrega a su sucesor. Contrariamente a lo que creen los protestantes cuando nos acusan a los católicos de “papistas”, el poder del Romano Pontífice no es absoluto sino que está subordinado a la palabra de Dios, a la fe católica. El ejercicio de la autoridad del Papa, como siervo de los siervos de Dios, debe responder a la fidelidad a la doctrina recibida por la Iglesia, que es el depósito de la fe. En este texto me apoyaré en el Magisterio de la Iglesia citando frecuentemente a nuestros tres últimos Papas: Francisco, Benedicto XVI y san Juan Pablo II.

¿Y los laicos? San Juan Pablo II llamaba claramente a nuestra participación: “Nuevas situaciones eclesiales, sociales, económicas, políticas y culturales reclaman hoy, con fuerza muy particular, la acción de los fieles laicos”⁵. Debemos acudir a este llamamiento con humildad, pero con lealtad filial y obediencia a la verdad.

En este texto procuraré desnudar al ecologismo radical distinguiéndolo de su tapadera, el “buen” ecologismo o conservacionismo, e intentaré mostrar hasta qué punto es una ideología enemiga del hombre y del cristianismo, pero también les daré

³ NICOLÁS GÓMEZ-DÁVILA, *Escolios a un texto implícito*, Ed. Atalanta

⁴ SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor* (95)

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Cristifidelis Laici* (3)

algunos datos que les sorprenderán. ¿Creen ustedes que la deforestación es un problema? ¿Que el oso polar está en peligro de extinción? ¿Que hay una emergencia climática por el deshielo y el aumento del nivel del mar? ¿Qué están aumentando los huracanes, las sequías y las inundaciones?

Érase una vez un movimiento ecologista “bueno”, que llamaremos conservacionismo y que perseguía limitar la contaminación, la polución y la explotación excesiva de los recursos naturales, producto de comportamientos egoístas, abusivos y cortoplacistas que no son más que un reflejo de la naturaleza caída del hombre; sin embargo, esto no le llevaba a dudar que el hombre es el centro de la creación y superior a los animales y a las cosas. También se preocupaba de preservar para las generaciones venideras la belleza de la Naturaleza, cuya sobreabundancia y complejidad maravillosa e incomprensible nos lleva con tanta facilidad a Dios, ese “valor estético de la creación (...), de su bondad y de su belleza”, cuya contemplación “da paz y serenidad”,⁶ en palabras de Juan Pablo II. Sin embargo, eso no impedía que defendiera que el hombre tiene derecho a usar de los bienes de la naturaleza. En efecto, la contemplación del bosque debe coexistir (y así lo ha hecho a lo largo de la Historia) con su papel natural en la Creación como fuente de madera para calentarse o para construirse un refugio contra los elementos y los depredadores. Como resumía magistralmente san Juan Pablo II, “la antropología bíblica ha considerado al hombre como custodio responsable” de la creación, que el Creador le ofrece “como casa y como recurso”⁷. Esta distinción es esencial. La creación, el planeta Tierra, es nuestra casa, pero también nuestro recurso. Se equivocan quienes lo ven sólo como casa, como ocurre hoy con el ecologismo imperante, y también las que lo ven sólo como recurso a explotar sin medida. Hay que buscar un equilibrio.

La creación es nuestra casa. Por eso, el Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda que “el hombre debe respetar la bondad propia de cada criatura para evitar un uso desordenado de las cosas, que desprece al Creador y acarree consecuencias nefastas para los hombres y para su ambiente” (CCE 339). San Juan Pablo II advierte que es un error creer que el hombre “puede disponer arbitrariamente de la tierra, sometiéndola sin reservas a su voluntad” porque, de hacerlo así, “en vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, el hombre suplanta a Dios (...). A este respecto, la humanidad de hoy debe ser consciente de sus deberes y de su cometido para con las generaciones futuras⁸.” Benedicto XVI observa que “la naturaleza (...) está a nuestra disposición, pero no como un «montón de desechos esparcidos al azar», sino como un don del Creador” para que el hombre pueda «guardarla y cultivarla». En efecto, “el ambiente natural no es sólo materia disponible a nuestro gusto, sino obra admirable del Creador” que llama a un “uso

⁶ SAN JUAN PABLO II, *Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz, 1990*

⁷ SAN JUAN PABLO II, *Discurso al Congreso Internacional Sobre Ambiente y Salud, 1997*

⁸ SAN JUAN PABLO II, *Centesimus Annus (37)*

inteligente, no instrumental y arbitrario⁹". Y el papa Francisco reclama el "cuidado de la casa común¹⁰".

Pero la creación también es recurso, un regalo de Dios que el hombre puede y debe utilizar para su propio bien. El Catecismo nos explica que "la creación tiene su bondad y su perfección propias, pero no salió plenamente acabada de las manos del Creador. Fue creada "en estado de vía" hacia una perfección última todavía por alcanzar", y para ello "Dios concede a los hombres poder participar libremente en su providencia confiándoles la responsabilidad de "someter" la tierra y dominarla (...) para completar la obra de la Creación, para perfeccionar su armonía para su bien y el de sus prójimos" (CCE 302, 307). De ahí que, como nos dice san Juan Pablo II, disfrutemos de la "contemplación de las obras del ingenio humano" puesto que Dios otorgó "aquellas capacidades y aquellos dones que distinguen a la persona humana de cualquier otra criatura, estableciendo al mismo tiempo una relación ordenada entre los hombres y la creación entera". Así, los descubrimientos realizados por el ingenio humano "han producido innegables beneficios a la humanidad, y manifiestan cuán noble es la vocación del hombre a participar responsablemente en la acción creadora de Dios en el mundo".¹¹ Benedicto XVI, con su admirable precisión, nos dice que "la Iglesia llama a plantear la cuestión de manera equilibrada, respetando la «gramática» que el Creador ha inscrito en su obra, confiando al hombre el papel de guardián y administrador responsable de la creación, papel del que ciertamente no debe abusar, pero del cual tampoco puede abdicar"¹². Y el papa Francisco afirma que «es justo alegrarse» de la transformación de la Naturaleza que el hombre, como "administrador responsable" ha realizado a lo largo de la Historia haciendo uso de los dones que Dios le dio y que le han permitido «producir cosas realmente valiosas para mejorar la calidad de vida del ser humano¹³». Es decir, que el hombre es administrador responsable de la creación, no su servidor, ni su hijo, ni su esclavo, y no puede abdicar de ese papel que implica completar con su ingenio la obra de la creación que le ha sido entregada por Dios en beneficio de la humanidad.

El conservacionismo, en definitiva, acepta la creación como casa que debe preservar los bosques verdes y los océanos azules, el aire limpio y la naturaleza bella, y a la vez, acepta la creación como recurso a explotar para el bien del hombre, con sentido común, pero sin complejos ni culpas. Este conservacionismo es absolutamente compatible con el cristianismo y yo me identifico con él, como lo hacen muchas personas que de buena fe se definen a sí mismas como "ecologistas".

Sin embargo, frente a este conservacionismo, y aprovechándose de su bondad, ha ido surgiendo una peligrosa ideología que recuerda a la cizaña sembrada en medio del trigo: "...mientras los hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo..." (Mt 13, 25). Es imprescindible desenmascarar esta ideología, el ecologismo

⁹ BENEDICTO XVI, *Caritas in Veritate* (48)

¹⁰ FRANCISCO, *Laudato Si* (1)

¹¹ SAN JUAN PABLO II, *Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz*, 1990

¹² BENEDICTO XVI, *Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz*, 2010

¹³ FRANCISCO, *Laudato Si* (102, 103, 116)

radical, porque nos encontramos ante una amenaza real para el cristianismo y para la humanidad entera.

Esta ideología tiene varios rasgos. En primer lugar, al definir el impacto medioambiental como Población x Capitalismo es, por encima de todo, maltusiana y anticapitalista, es decir, enemiga del hombre y del progreso económico. Como ideología maltusiana persigue reducir por todos los medios la población del planeta, particularmente en países del Tercer Mundo y en razas distintas de la suya (el movimiento ecologista es un movimiento de países ricos de población mayoritariamente blanca). “Por todos los medios” incluye fomentar la contracepción, el aborto e incluso la esterilización forzosa, muchas veces como condición para recibir ayuda económica de organizaciones supranacionales como la ONU. San Juan Pablo II lo denunciaba con firmeza: “Basándose en que los recursos ambientales pueden agotarse o llegar a ser insuficientes, se pide la represión de la natalidad, especialmente respecto a los pueblos pobres y en vías de desarrollo.” Por este motivo alertaba del peligro de que una preocupación estrecha sobre la ecología nos distrajera de la mucho más importante «ecología humana»: “mientras nos preocupamos justamente (...) de preservar los hábitats naturales de las diversas especies animales amenazadas de extinción (...), nos esforzamos muy poco por salvaguardar las condiciones morales de una auténtica «ecología humana» (...), cuya primera estructura fundamental es la familia (...) fundada en el matrimonio¹⁴.” El papa Francisco también denuncia acertadamente que «algunos atinan sólo a proponer una reducción de la natalidad», incluyendo «presiones internacionales a los países en desarrollo condicionando ayudas económicas a ciertas políticas de “salud reproductiva”» y que «algunos movimientos ecologistas (...) no aplican sus principios a la vida humana», a pesar de que es incompatible «la defensa de la Naturaleza con la justificación del aborto»¹⁵.

El ecologismo también pone impedimentos al uso de productos o medicinas que reduzcan la mortalidad en países en desarrollo, como es el caso del DDT, poderoso insecticida de contacto descubierto por el científico suizo Paul H. Müller en 1940 (lo que le valdría el Premio Nobel de Medicina) y cuyo uso para erradicar en todo el mundo el tifus y la malaria «había evitado 500 millones de muertes», según la Academia Nacional de Ciencias de los EEUU, es decir, un impresionante avance científico salvador de vidas comparable en cierta medida a la penicilina. Sin embargo, el ecologismo logró su prohibición en 1972 atribuyéndole falsos efectos cancerígenos, no sólo en EEUU sino en cualquier país del Tercer Mundo que esperara recibir ayudas por parte de los EEUU (también de la ONU). De forma cínica, la ley norteamericana que prohibió su uso contenía una sola excepción: el advenimiento de una emergencia sanitaria nacional en los propios EEUU. En el 2006 la Organización Mundial de la Salud se vio obligada a volver a recomendar el uso del DDT, pero a pesar de ello la prohibición continuó de facto. En junio del 2007, el entonces Director General del Sistema de Salud de Uganda acusaba abiertamente en un artículo publicado en el WSJ

¹⁴ SAN JUAN PABLO II, *Centesimus Annus* (39)

¹⁵ FRANCISCO, *Laudato Si* (50, 120)

a los «ecologistas occidentales» de socavar los esfuerzos del gobierno ugandés para lograr su reintroducción¹⁶. Desde la prohibición del DDT, la malaria ha causado quizá entre 30 y 50 millones de muertes perfectamente evitables, particularmente entre la población infantil de países del Tercer Mundo, y hoy en día sigue matando. El ecologista radical Alexander King afirmaba que su oposición al DDT radicaba en que contribuía a aumentar el «problema de la superpoblación»¹⁷. No está solo. Cuando a David Foreman le preguntaron por la hambruna en un país africano, contestó que la mejor solución al problema era dejar que la naturaleza hiciera su trabajo. William Aiken se preguntaba: “¿es nuestro deber como especie, en cuanto al conjunto, eliminar el 90% de la misma? Y Felipe de Edimburgo, presidente durante 15 años del WWF, afirmó: “en mi reencarnación me encantaría volver como un virus mortal para contribuir de alguna manera a resolver el problema de la superpoblación”. Ésta es la verdadera cara de la ideología ecologista.

Por otro lado, como decíamos antes, el ecologismo es fanáticamente anticapitalista y, por tanto, contrario al progreso económico generalizado para todos los países del mundo. En este sentido, aglutina al izquierdismo más recalcitrante, incluidos quienes quedaron huérfanos de referencias con el derrumbe del comunismo, cuando el mundo entero pudo por fin ver que lo que ocultaba tras muros y alambradas el Telón de Acero y la tiranía soviética no era más que miseria, destrucción y muerte. El anticapitalismo del ecologismo radical es su nexo de unión con la Teología de la Liberación, esa infiltración marxista en la Iglesia denunciada por Ratzinger cuando era Prefecto para la Congregación de la Doctrina de la Fe y por el papa Juan Pablo II que, apadrinada por algunos teólogos alemanes, afectó (y sigue afectando) fundamentalmente a la Iglesia de Sudamérica (a san Juan Pablo II se le atribuye una frase llena de su típico sentido del humor: “Lo que busca la Teología de la liberación es, sobre todo, liberarles a ustedes de la teología”¹⁸).

En segundo lugar, el ecologismo es pagano y anticristiano, niega al hombre su derecho a multiplicarse, su superioridad respecto del resto de la creación y su derecho a “someterla”, y convierte a la Tierra en la “madre Tierra” o Gaia, esa vieja diosa pagana de la que el hombre sería un virus que hay que erradicar. Carl Amery en un libro significativamente subtítuloado “Las despiadadas consecuencias del cristianismo”, acusaba a éste del abuso del planeta por distinguir al hombre del resto de la creación. Estos ecologistas defienden que no hay seres mejores, más importantes o preferibles a otros. Una de sus tácticas para abolir la separación entre hombre y animal es promover la aprobación de derechos legales para los animales, por lo que, hoy en día, en muchos países occidentales la ley protege más a los animales que a los nasciturus, a los ancianos o a los enfermos terminales. Ingrid Newkirk cofundadora de PETA, la organización mundial de defensa de los animales más importante del mundo, ha llegado a equiparar “los 6 millones de judíos aniquilados en los campos de

¹⁶ SAM ZARAMBA «Give us DDT», *Wall Street Journal*, 12 junio 2007

¹⁷ Citado por ROBERT ZUBRIN, «The Truth about DDT and Silent Spring», *The New Atlantis*, 27 sept. 2012

¹⁸ Citado por JACQUES PATERNOT, *¿Está Dios contra la Economía?*, Ed. Planeta, 1991

concentración” con los “6.000 millones de gallinas que morirán este año en mataderos”.

Por el contrario, el cristianismo defiende, como nos recuerda el Catecismo, citando *Gaudium et Spes*, que “el hombre es la cumbre de la obra de la creación, más precioso a los ojos de Dios que la creación entera, y que “de todas las criaturas visibles, sólo el hombre es "capaz de conocer y amar a su Creador" siendo la "única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma" (CCE 343, 356, 358). Juan Pablo II había denunciado que “en nombre de una concepción inspirada en el ecocentrismo (...), se propone eliminar la diferencia ontológica y axiológica entre el hombre y los demás seres vivos”¹⁹. En un encuentro con indígenas hispanoamericanos ponía las cosas en su sitio: “Hace 450 años la fe en Jesucristo llegó a vuestros pueblos. ¡Qué emoción la de vuestros padres, cuando, a la luz del Evangelio, descubrieron que ellos mismos valían mucho más que todas las maravillas de la creación, (...) cuando supieron que el Gran Dios había creado todo para el servicio de los hombres!”²⁰. Y en el mismo sentido, Benedicto XVI enfatizaba: “Se ha de subrayar que es contrario al verdadero desarrollo considerar la naturaleza como más importante que la persona humana misma. Esta postura conduce a actitudes neopaganas o de nuevo panteísmo”²¹. “Una correcta concepción de la relación del hombre con el medio ambiente no lleva a absolutizar la naturaleza ni a considerarla más importante que la persona misma. El Magisterio de la Iglesia manifiesta reservas ante una concepción del mundo que (...) anula en la práctica la identidad y el papel superior del hombre, favoreciendo una visión igualitarista de la «dignidad» de todos los seres vivientes. Se abre así paso a un nuevo panteísmo con acentos neopaganos”²².

La Iglesia ya identificó y condenó esta tendencia a equiparar el valor de la vida humana con la de otros seres de la creación. En el 2003, el Consejo Pontificio de la Cultura, dicasterio creado por Juan Pablo II, publicó un interesantísimo documento, que dice así: “Ha tenido un enorme éxito la generalización de la ecología como fascinación por la naturaleza y resacralización de la tierra, la Madre Tierra o Gaia, gracias al celo misionero característico de los «verdes» (...). Aquí se descubre un panteísmo implícito (...) que niega la visión antropológica de la Biblia según la cual el hombre es el centro del mundo por ser cualitativamente superior a las demás formas de vida natural. A pesar de que infravalora al ser humano, el ecologismo desempeña hoy un papel destacado en la legislación y en la educación. La misma matriz cultural puede hallarse en la teoría ideológica subyacente a la política de control de la natalidad y los experimentos de ingeniería genética (...). Gran parte de lo que proponen los elementos más radicales del movimiento ecológico es difícilmente conciliable con la fe católica”²³.

¹⁹ SAN JUAN PABLO II, *Discurso en el Congreso Internacional de Ambiente y salud*, 1997

²⁰ SAN JUAN PABLO II, *Encuentro con los indígenas en la ciudad de Latacunga*, 31 de enero de 1985

²¹ BENEDICTO XVI, *Caritas in Veritate* (48)

²² BENEDICTO XVI, *Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz*, 2010

²³ CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Una reflexión cristiana sobre la Nueva Era*, 2003.

Asimismo, el cristianismo tiene claro que Dios es Señor de la creación y Señor de la Historia, y que puede utilizar con total libertad la naturaleza creada por Él y subordinada a Él para sus designios: sequías, inundaciones, plagas, tormentas y diluvios aparecen constantemente en el Antiguo Testamento como parte de la pedagogía de la Revelación.

De forma absolutamente opuesta, el ecologismo radical supone un ataque frontal a las Sagradas Escrituras y, muy en particular, al Génesis. No es el único ataque que sufre el Génesis: la ideología de género es la negación del “varón y mujer los creó”, y el relativismo propone precisamente comer del “árbol del conocimiento del bien y del mal”. En efecto, el texto del Génesis resulta anatema para el ecologismo: “Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (...). Y creó Dios al hombre a su imagen (...), varón y mujer los creó. Dios los bendijo; y les dijo Dios: Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra (*Gen 1, 26-28*)”.

La religión ecologista reescribe un Génesis diabólico en el que el creador y señor no es Dios, sino la Madre Tierra, en el que la serpiente es un Dios que niega al hombre su derecho a decidir por sí mismo lo que está bien y lo que está mal. En este nuevo Génesis, el hombre no está hecho a imagen y semejanza de nadie, sino que es un ser más de la creación, y el pecado original no es la soberbia del hombre, sino el progreso económico que lo alejó de un paradisiaco jardín del Edén preindustrial. Ésa es la culpa que debe purgar, y para ello le impone una pena: no seáis fecundos, no os multipliquéis ni sometáis la tierra.

Así, el hombre moderno debe añorar a Adán y Eva, no por sus dones preternaturales ni su estado de santidad y justicia original, sino por andar desnudos sin herir a la “madre tierra” con su obra. Por ello, «el modelo antropológico preferido por los ecologistas profundos es el del salvaje que vive en íntimo contacto con la naturaleza»²⁴, por lo que es frecuente que consideren paradigmáticos a los pueblos aborígenes con bucólica nostalgia (pero desde la comodidad de una ciudad europea o norteamericana). No obstante, un somero vistazo a los informes de la ONU sobre pueblos indígenas muestra una realidad muy poco romántica que pocos envidiaríamos: una esperanza de vida hasta 20 años inferior a la nuestra y niveles «desproporcionadamente elevados» de mortalidad materno-infantil, malnutrición, enfermedades cardiovasculares, malaria y tuberculosis. Juan Pablo II afrontó esta dura realidad en un encuentro con indígenas hispanoamericanos, donde les animó a combatir “la desnutrición, el analfabetismo, la falta de vestido, de vivienda digna (...)”²⁵. La Historia de la Humanidad ha sido una huida de esas condiciones, por lo que la nostalgia respecto de una vida más primitiva y dependiente de la Naturaleza carece de fundamento. Como dice el papa Francisco, no se puede «volver a la época de las cavernas»²⁶.

²⁴ MARIANO FAZIO, *Historia de las Ideas Contemporáneas*, p.373, Ed. Rialp 2012

²⁵ SAN JUAN PABLO II, *Encuentro con los indígenas...o.c.*

²⁶ FRANCISCO, *Laudato Si (114)*

Este indigenismo no es nuevo: Rousseau inventó el mito del “buen salvaje” incorrupto, justo y pacífico, defendiendo que la bondad natural del hombre había sido pervertida por la civilización y no por el pecado original, dogma de la Iglesia al que Rousseau califica de “blasfemia”. El pensamiento de Rousseau, por cierto, está ligado al de Lutero, idea que desarrolla con clarividencia Jacques Maritain al describirles como las personas “que dominan el mundo moderno y están a la cabeza de todos los problemas que lo atormentan”. Y añade: “A Rousseau se debe la consumación de esta operación inaudita, comenzada por Lutero, de inventar un cristianismo separado de la Iglesia y de Cristo”²⁷. Esta ligazón arroja luz sobre la relación entre el ecologismo del “buen salvaje” y el protestantismo alemán, país en el que más ha calado la ideología ecologista.

Un ejemplo patente de la mitificación del indigenismo lo hemos visto en el inquietante Sínodo de la Amazonia celebrado recientemente, en el que se nos ha presentado a los indígenas como modelos de inocencia y rectitud, prácticamente como si estuvieran libres de pecado original. Utilizando ese lenguaje confuso que desgraciadamente vemos cada vez con mayor frecuencia, su *Instrumentum Laboris* o documento de trabajo previo mencionaba la palabra “pueblos”, “comunidades” o “indígenas” 235 veces, fraseología típica de la Teología de la Liberación, que aparenta haber sobrevolado este Sínodo bajo su nuevo disfraz ecologista (que asusta menos que el marxista). A modo de comparación, en ese mismo documento “Dios” aparecía sólo 78, “Jesucristo”, sólo 32, y “Madre Tierra”, 6 veces. ¡La Iglesia ni puede ni debe hablar de una “Madre Tierra”! Una cosa es que San Francisco la llamara así simbólicamente en un poema de alabanza al Dios Creador hace 800 años y otra cosa muy diferente es que la Iglesia lo cite hoy en su magisterio cuando anda merodeando a sus puertas una peligrosa ideología sincretista y pagana que la llama así con todo su contenido semántico. Quede claro que, como católico, tengo tres madres: mi madre natural, que me dio a luz, la Santísima Virgen María y la Santa Madre Iglesia, pero no tengo ninguna madre Tierra.

Pues bien, este Sínodo de la Amazonia ha otorgado un peso incomprensible a los indígenas y a sus ritos hasta el extremo de que en los jardines del Vaticano un grupo de ellos se postró rostro en tierra delante de la imagen de una vieja diosa precolombina llamada Pachamama en un ritual evidentemente pagano y, en mi opinión, escandalosamente pagano, que ha sido criticado con razón por el Cardenal Müller, anterior Prefecto para la Congregación de la Doctrina de la Fe. Pachamama es una imagen femenina embarazada que simboliza la “Madre Tierra” y su fertilidad, parecida a la Venus de Willendorf, figura paleolítica que data de alrededor del 25.000 a.C. El documento vaticano del 2003 antes citado ya nos alertaba sobre esto: “En la oleada de reacción contra la herencia judeocristiana de occidente, son muchos los que han vuelto la mirada a las antiguas religiones indígenas, tradicionales, paganas. Se considera que cuanto precedió al cristianismo era más conforme al espíritu de la tierra (...). De aquí el gran respeto que merecen los antiguos ritos agrícolas y los cultos de

²⁷ JACQUES MARITAIN *Tres Reformadores: Lutero – Descartes – Rousseau, 2006*

fertilidad, en las que «Gaia», la Madre Tierra, se presenta como alternativa a Dios Padre, cuya imagen se ve vinculada a una concepción patriarcal del dominio masculino sobre la mujer. Algunas religiones «neopaganas» están dominadas por componentes ideológicos modernos como la ecología y el feminismo”.²⁸

Algunos, no obstante, arguyen que detrás de las críticas al indigenismo que ha permeado el Sínodo subyace un cierto racismo, una nueva forma de “colonialismo”, lenguaje típico de la Teología de la Liberación que sigue culpando de la pobreza y violencia de Hispanoamérica, 200 años después de su independencia, al “colonialismo”, sin mencionar nunca sus corruptos regímenes izquierdistas. Esta acusación carece de fundamento. Claro que hay cosas que los pueblos indígenas pueden enseñar a las sociedades urbanas, ricas y tristemente secularizadas de Occidente, en las que la gente no muere de hambre, pero sí de soledad y vacío espiritual, sociedades que no adoran a bastos ídolos de madera, pero sí al becerro de oro y del placer, pero desde luego nada pueden enseñar al cristianismo sus ritos paganos contrarios al Primer Mandamiento, ni sus nefastos ídolos, ni sus ignorantes supersticiones. En un bonito discurso realizado ante los aborígenes australianos, san Juan Pablo II mostraba qué podían aprender las sociedades modernas de ellos: “Durante miles de años (...) el silencio de la tierra os enseñó la quietud de alma que pone en contacto con el Espíritu de Dios. Vuestra reverencia por el nacimiento, la vida y la generación humana, [el saber] que los niños necesitan ser amados, estar llenos de alegría, que necesitan un tiempo para crecer en la risa y en el juego, seguros de que pertenecen a su pueblo. Vuestras leyendas, que hablan de los grandes misterios de la vida humana, de su fragilidad, de su necesidad de ayuda y del valor de la persona humana”.²⁹

Es decir, la humildad del hombre que sabe que no es Dios y acepta sus misterios con naturalidad mientras observa maravillado la obra inmensa de Sus manos; el hombre que es consciente de su fragilidad, empezando por la inexorable muerte que la sociedad actual rehúye de forma compulsiva, que reconoce su radical dependencia de los demás y de Dios. El hombre que comprende la necesidad del silencio exterior para lograr el silencio interior, tan ausente en nuestras ruidosas sociedades, el hombre que valora la vida humana desde la concepción, que ensalza la familia con niños que crezcan en un ambiente de amor y no en un hogar roto por la ira y el egocentrismo.

Y ante los nativos norteamericanos, Juan Pablo II alabó en sus antepasados que, “en contacto con las fuerzas de la naturaleza, aprendieran el valor de la oración, del silencio y del ayuno, de la paciencia y el valor ante el dolor y la decepción”³⁰. ¡Qué lección para nuestra sociedad, que no reza, que no calla, que no ayuna de nada, que es cada vez más impaciente e intolerante con la frustración, que busca ansiosamente el

²⁸ CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Una reflexión cristiana sobre la Nueva Era*, 2003.

²⁹ SAN JUAN PABLO II, Address to the aborigines and Torres Strait islanders, 29 november 1986

³⁰ SAN JUAN PABLO II, *Meeting with the native peoples of America*, 14 september 1987

bienestar e intenta eliminar todo lo que la contraría³¹, huyendo inútilmente del sufrimiento!

El Sínodo de la Amazonia no ha sido la primera señal de alarma de la confusión generada en la Iglesia por la infiltración ecologista. En este sentido, resulta inevitable comentar brevemente la encíclica Laudato Si del papa Francisco³², que hace un necesario llamamiento al ansioso hombre de hoy para que recupere su espiritualidad, su centro y su paz interior, sin duda, y que contiene partes de indudable atractivo como el bonito epígrafe Gozo y Paz (LS 222-227), pero cuya lectura produce, sin embargo, cierta inquietud. En primer lugar, manifiesta una opinión tremendamente positiva del movimiento ecologista, que poco tiene que ver con su realidad de fondo, y se hace eco de todos y cada uno de los eslóganes estándar de la letanía catastrofista del ecologismo, incluyendo calificar al CO₂, fuente de vida de las plantas, como “contaminante” (en palabras de un científico, “un abuso del lenguaje, de la ciencia y de la lógica”). En esta línea seguidista, Laudato Si realiza cuestionables afirmaciones contrarias a los datos científicos y toma claramente partido en controversias científicas como el cambio climático, mientras que de forma contradictoria afirma que «sobre muchas cuestiones concretas la Iglesia no tiene por qué proponer una palabra definitiva» (LS 61) ni «definir las cuestiones científicas» (LS 188). San Juan Pablo II nos recordaba con claridad que «la Revelación divina (...) no implica en sí misma una teoría científica particular, y la asistencia del Espíritu Santo en ningún caso se presta a garantizar explicaciones relativas a la constitución física de la realidad»³³, y el Compendio de la Doctrina Social deja claro que “la Iglesia, con su doctrina social, no entra en cuestiones técnicas (...)”³⁴. A pesar de ello, el Presidente de la Academia Pontificia de Ciencias, el argentino Monseñor Sánchez Sorondo, defiende absurdamente que los católicos deberíamos creer en la teoría del cambio climático porque aparece en una encíclica³⁵. En Laudato Si también leemos que «la Iglesia entiende (...) que debe escuchar y promover un debate honesto entre los científicos, respetando la diversidad de opiniones» (LS 61), pero es bien sabido que la Academia Pontificia de Ciencias se negó rotundamente a escuchar o recibir a los científicos escépticos con el cambio climático, y sigue haciéndolo. La encíclica también resulta confusa respecto al papel superior del ser humano frente a las demás criaturas y muestra desconfianza en el hombre y en la fecundidad de su libertad en el plano material al criticar la «confianza irracional en el progreso y en la capacidad humana» (LS 19) o de «los constantes desastres que el ser humano ocasiona» (LS 34). Por último, y a pesar de tratar sobre el futuro del planeta, Laudato Si no menciona ni una sola vez la Divina Providencia.

³¹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Forja* (767)

³² *Para un desarrollo más profundo, ver FERNANDO DEL PINO CALVO-SOTELO, La Sombra de Galileo (capítulo 13 de Loado Seas, mi Señor, Comentario a la encíclica Laudato Si, BAC 2016).*

³³ SAN JUAN PABLO II, *Discurso con Ocasión del 350 Aniversario de la Publicación de Galileo, 9 mayo 1983*

³⁴ *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* (68).

³⁵ *Debate con el Padre Sirico en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Diciembre 2015.*

«Estad atentos para que nadie os engañe» (*Mc 13, 5*). Sabiendo que «los hijos de este mundo son más astutos (...) que los hijos de la luz» (*Lc 16, 8*), la Iglesia debe mantenerse alerta para que su credibilidad y autoridad moral no sean utilizadas por un mundo tramposo que disfraza el mal de bien. En este sentido, parece legítimo sentir preocupación al observar el unánime aplauso que suscitó la publicación de *Laudato Si* entre los poderes de este mundo, incluyendo, cómo no, la ONU, y poderosos medios tradicionalmente hostiles hacia la Iglesia. «¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros!» (*Lc, 6, 26*). También la han aplaudido teólogos de la Liberación como Leonardo Boff y ecologistas radicales como Peter Singer, que niega la sacralidad de la vida humana, sostiene la legitimidad de la eliminación de niños con minusvalías físicas o psíquicas, equipara al hombre con los animales y defiende que la vida de los adultos enfermos no posee valor intrínseco³⁶. Que *Laudato Si* haya recibido estos apoyos debería ser, entiendo yo, motivo de reflexión.

En tercer lugar, la ideología ecologista es un proyecto de dominación, una ideología de poder que quiere establecer, sobre todo a través de la ONU, un gobierno mundial no electo que decida cuántos hijos podemos tener, qué coches debemos comprar y cuánta carne podemos consumir, y que cuenta con ingentes cantidades de dinero a su disposición, porque el ecologismo es también una poderosa industria que mueve miles de millones de dólares cada año. El instrumento de control de la población del ecologismo es el miedo: “obedecedme y yo os salvaré del cataclismo”, nos dice. Como alertaba Juan Pablo II, “la búsqueda o el mantenimiento del poder” busca que las personas “sean manipuladas para poder ser dominadas”. Es el mismo trueque tramposo del comunismo: “dadme vuestra libertad y yo os daré seguridad”, y miren cómo acabó, sin una cosa ni la otra.

La idea ecologista de controlar a la población a través del miedo es anterior al debate científico sobre el clima, lo que es un indicio de que primero nació el proyecto político y luego se creó el esqueleto científico que lo sustentara. Una de las organizaciones pioneras del movimiento ecologista es el Club de Roma, que en 1972 comenzó a realizar esas predicciones catastrofistas que nunca se hacen realidad. En 1974 dibujó su Plan Maestro “para el crecimiento sostenible orgánico y el desarrollo del mundo basado en un nuevo sistema económico”. Fue el nacimiento del término “desarrollo sostenible”, que ahora está en todas partes. Uno de sus fundadores, Alexander King, el mismo que criticaba al DDT por salvar tantas vidas, escribía: “El enemigo común de la humanidad es el hombre. Al buscar un nuevo enemigo que nos una, hemos encontrado que la idea de la polución, la amenaza del calentamiento global, la escasez de agua, las hambrunas y cosas parecidas encajarían perfectamente. Todos estos peligros están causados por la intervención humana. El enemigo de verdad, entonces, es la humanidad en sí misma. La democracia no es la panacea.

³⁶ Citado por MARIANO FAZIO, o.c.

Debemos afrontar este hecho. Aunque suene sacrílego, la democracia ya no es adecuada para la tarea que tenemos por delante”.³⁷

Maurice Strong, millonario canadiense y otro de los protagonistas de este proyecto de dominación, dijo en 1991 como Secretario General de la Conferencia de la ONU para el Medioambiente y el Desarrollo: “Los actuales estilos de vida y los modelos de consumo de la pudiente clase media – incluyendo el elevado consumo de carne, el uso de combustibles fósiles, etc. - no son sostenibles. Es necesario un cambio que requerirá un enorme refuerzo del sistema multilateral, incluida la ONU.” Como nos recuerda James Delingpole, lo que más interesaba a Strong era “la idea de un gobierno global dirigido por una élite auto nombrada, y muy pronto detectó que la mejor manera para conseguirlo era manipulando y explotando la preocupación internacional sobre el medio ambiente”.³⁸

La idea de controlar el mundo a través de una religión necesita cubrir el flanco espiritual, uno de cuyos representantes es Leonardo Boff, sacerdote secularizado que fue expulsado por sus posturas radicales a favor la Teología de la Liberación y cuya opinión es clara: “La especie humana es un parásito de la tierra. Es mucho mejor para la Tierra que desaparezca ese cáncer. Las religiones abrahámicas son las más violentas, porque se creen portadoras de la verdad”. Boff participó en un Congreso de Teología en Brasil en el que afirmó que “dentro de esa opción por los pobres hay que meter a ese gran pobre que es la Madre Tierra, que es Pachamama, que es la Gaia. La Tierra está crucificada, hay que resucitarla y eso es la tarea de una *eco-teología de la liberación*”.³⁹ Que la estrategia es crear una religión global, sincretista y sustituta del cristianismo no es un secreto. En 1997, Mijail Gorbachov, ex presidente de la URSS y miembro de este movimiento, ya adelantó que el mecanismo que emplearían sería el reemplazo de los Diez Mandamientos por los principios contenidos en la Carta de la Tierra⁴⁰.

Lógicamente, la ONU es la mayor interesada en que se establezca un gobierno mundial liderado por ella misma y por ello quien promueve el asunto del “cambio climático”, al que me referiré en breve. Hace sólo 4 o 5 años, por cierto, el Día de la Tierra de la ONU pasó a llamarse, de forma muy significativa, Día Internacional de la Madre Tierra, y se celebra el día de la fiesta pagana del solsticio de primavera. La propuesta fue presentada al plenario por el entonces presidente de Bolivia, el socialista radical Evo Morales, y redactada por Leonardo Boff. Morales dijo ante la Asamblea: “no sólo seres humanos tienen derechos humanos, sino la Madre Tierra (Pachamama) debe tener derechos (...)”. La Asamblea General de la ONU que decidió este cambio de nombre estaba presidida por Miguel D’Escoto, exministro sandinista en Nicaragua y sacerdote socialista suspendido a divinis por Juan Pablo II en 1984 por su pertenencia a la Teología de la liberación. Vemos, una vez más, la estrecha relación entre el ecologismo, la Teología de la Liberación y el marxismo.

³⁷ ALEXANDER KING, *The First Global Revolution, Club of Rome Report, 1993.*

³⁸ JAMES DELINGPOLE, *Watermelons, 2011*

³⁹ Citado en JUAN CARLOS SANAHUJA, *Poder global y Religión Universal, 2016*

⁴⁰ *Ibid.*

Sobre el ecologismo como ideología de poder dentro de la agenda globalista nos previno también, con sorprendente claridad, el documento del Consejo Pontificio de la Cultura 2003 citado anteriormente, previniendo del progresivo advenimiento de “un gobierno global, con una estructura ética global”. Y añadía: “Es difícil saber si este planteamiento de un nuevo orden planetario puede encajar con la retórica de la participación democrática o si, por el contrario, se trata de una manera sutil de privar de poder a las personas, dejándolas a merced de la manipulación. La actual preocupación por los temas ecológicos, ¿favorece o impide el compromiso con otras cuestiones políticas y sociales igualmente acuciantes? Algunos observadores de la Nueva Era detectan un autoritarismo siniestro detrás de esto (...). Basta señalar que la Nueva Era comparte con un buen número de grupos internacionalmente influyentes el objetivo de sustituir las religiones particulares para dejar espacio a una religión universal que unifique a la humanidad. Estrechamente relacionado con esto, hay un esfuerzo concertado por parte de muchas instituciones para inventar una Ética Global (...). Aún más, la politización de las cuestiones ecológicas influye en todo el tema de la hipótesis Gaia o culto de la madre tierra”⁴¹.

Y por último, en cuarto lugar, la ideología ecologista es una secta apocalíptica que utiliza la exageración y la mentira de forma masiva. En efecto, las sectas apocalípticas utilizan el miedo y la ignorancia para controlar a sus adeptos, y en particular el miedo a la muerte y al fin del mundo. El ecologismo hace exactamente eso. ¿Recuerdan el agujero de la capa de ozono y la lluvia ácida, de los que nunca más se supo? Déjenme que le ponga otros ejemplos:

- a) La Deforestación: Ya no hay deforestación en el planeta Tierra, a pesar del aumento de población mundial. La reforestación realizada por el hombre y el crecimiento natural de los árboles compensa las pérdidas por incendios y talas. En efecto, un estudio publicado recientemente en la revista *Nature* concluía: “Hemos analizado 35 años de datos de satélite durante el período 1982-2016: la superficie forestal mundial ha aumentado en 2,24 millones km²”⁴². Incluso la FAO, organización de la ONU que comparte su agenda de control político-ecologista, se ha visto obligado a reconocer que la deforestación ya no es un problema: “A nivel mundial, la pérdida neta de superficie forestal continúa desacelerándose, del 0,18% en la década de 1990 al 0,08% durante el último período de cinco años”⁴³.
- b) La desaparición del oso polar⁴⁴: El oso polar es uno de los grandes depredadores del planeta y a la vez uno de los grandes iconos del movimiento ecologista. Habita regiones inhóspitas en las costas bañadas por el Ártico del norte de Canadá, Alaska y Rusia. De las 19 zonas en que se divide su hábitat, 18 tocan tierra firme y sólo una incluye exclusivamente el hielo flotante del Ártico. Pues bien, el primer dato científico que desmonta la propaganda ecologista es

⁴¹ CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Una reflexión cristiana sobre la Nueva Era*, 2003

⁴² *Nature* núm. 560, p. 639–643, Aug 8th 2018

⁴³ *Informe sobre el estado de los bosques del mundo* (FAO 2018, p.66).

⁴⁴ Ver SUSAN CROCKFORD, *State of the Polar Bear Report*, 2017, *The Global Warming Policy Foundation*

que desde el 2005 se estima que la población de osos polares ha aumentado alrededor de un 30% hasta los 30.000 ejemplares. Sí, la población de oso polar va viento en popa a pesar de la reducción de la superficie del hielo ártico y, en ocasiones, gracias a ella, puesto que un menor grosor del hielo facilita el desarrollo de la población de focas anilladas, su principal alimento. Un segundo dato científico refuta la imagen del oso que se ahoga, utilizada por Al Gore en su documental *Una Verdad Inconveniente*, lleno de mentiras inconvenientes. La mayor distancia recorrida a nado por un oso polar de forma ininterrumpida (controlada por collarín GPS) es de 687 km en nueve días de natación continua. De hecho, el nombre científico del oso polar es *Ursus Maritimus*, u Oso Marino, un mamífero marino diseñado evolutivamente para no ahogarse. Por último, los osos polares hibernan, consumiendo dos tercios de su ingesta anual de alimentos durante la primavera. Por ello, si hace usted una foto de un oso en primavera, aparecerá muy gordo, y si la hace en otoño, aparecerá muy flaco, sin que eso signifique que le pasa nada, al contrario de lo que nos quiere hacer creer la propaganda ecologista.

- c) El deshielo y el aumento de nivel de los mares: el Ártico está perdiendo hielo, pero no se sabe si como parte de un ciclo natural o por el ligero calentamiento del planeta. Además, el Ártico contiene menos de una milésima parte del volumen de hielo del planeta y flota sobre el agua, por lo que por el principio de Arquímedes su derretimiento no influye sobre el nivel del mar. Groenlandia tiene un volumen de hielo es 250 veces superior al del Ártico y también perdiendo hielo, pero a un ritmo tan lento que tardaría 30.000 años en perderlo por completo. Respecto a la Antártida, verdadera reserva de hielo del planeta que contiene 1.250 veces el volumen de hielo del Ártico, no se sabe si está perdiendo hielo o ganando hielo. Un estudio de la NASA (*Zwally et al, 2015*) concluye que está ganando hielo, mientras que otros estudios afirman que está perdiendo del orden de 150 Gt al año. Esto significaría que la Antártida tardaría en perder todo su hielo unos 200.000 años, algo que es además imposible: la temperatura media del polo sur es de -49°C, o sea 49 grados bajo cero. Respecto al aumento del nivel de los océanos, el mar ha aumentado desde el mínimo de la última glaciación hace 20.000 años unos 120 metros, aumento que se ralentizó hace unos 7.000 años y que ahora es de unos 2mm al año⁴⁵. Esto significa que, a este ritmo (y no tenemos forma de saber si se revertirá) faltan 500 años para que el nivel de los mares suba un metro, o sea, el mismo tiempo transcurrido desde que Colón descubrió América. ¿Esto es una emergencia? Saben ustedes que frecuentemente se habla del peligro que el aumento del nivel del mar supone para los archipiélagos bajos del Pacífico como las Maldivas. Pues miren: la noticia más antigua que he encontrado sobre la amenaza de que los mares van a cubrir las Maldivas es del lunes 26 de septiembre de 1988, y daba un plazo de 30 años para que las

⁴⁵ ROBERT CARTER, *Sea-level change: living with uncertainty*, The Global Warming Policy Foundation, 2014

Maldivas quedaran cubiertas por las aguas⁴⁶. El plazo se ha cumplido; la predicción, no.

- d) El aumento de los huracanes, sequías e inundaciones: incluso la propia ONU, principal promotor del alarmismo climático, se ha visto obligada a reconocer en su informe más reciente, que “la confianza es baja respecto a los cambios en la intensidad de los ciclones desde el año 1900 (...); los datos indican que no hay una tendencia significativa de la frecuencia de huracanes en el último siglo (...); estudios más recientes indican que es improbable que el número de tormentas tropicales, huracanes y grandes huracanes hayan aumentado en los últimos 100 años en la cuenta noratlántica (...); sigue sin haber evidencia respecto al signo de la tendencia en la magnitud y frecuencia de las inundaciones a nivel global (...); no existe suficiente evidencia en la actualidad (...) respecto a la tendencia observada en sequías a nivel global desde mediados del s. XX”⁴⁷.
- e) Por último, el alarmismo estrella es el calentamiento global, luego llamado cambio climático y ahora emergencia o crisis climática, que asusta más. Esta es una teoría promovida por la ONU y por la agenda globalista a través de un organismo aparentemente científico llamado IPCC, tan controlado políticamente que ha llevado al científico Vincent Gray (y a muchos otros científicos) a calificarlo de “fundamentalmente corrupto”. El IPCC tiene un lamentable historial de sesgo y predicciones alarmistas fallidas, lo que no es óbice para que todos los medios se hagan siempre eco del último apocalipsis de turno. La teoría del calentamiento global antrópico catastrófico afirma que el CO₂ producido por la actividad industrial es el único responsable del ligerísimo calentamiento del planeta producido en las últimas décadas (0,15°C por década), y que las consecuencias serán catastróficas par el planeta. El CO₂, como es bien sabido, es el alimento por antonomasia de las plantas del planeta, una fuente de vida, y ha aumentado de 0,03% al 0,04% de la atmósfera en las últimas décadas (y sigue haciéndolo). No es la primera vez que se acusa a la industrialización de provocar cambios climáticos apocalípticos. En una noticia aparecida en el Washington Post el 9 de julio de 1971, un científico extrapolaba *ad infinitum* la ligera caída de temperaturas sufrida por el planeta desde 1940 y preveía la llegada de una nueva Edad de Hielo, culpando de este enfriamiento global...a la quema de combustibles fósiles. Esta extrapolación de temperaturas recientes, por lo tanto, no es nueva. Sin embargo, las temperaturas del planeta han variado de forma natural a lo largo de la Historia, mucho antes de la Revolución Industrial, desde las frías glaciaciones del pasado hasta períodos interglaciares como el que afortunadamente estamos viviendo en los últimos 20.000 años. Tras la Pequeña Edad de Hielo que terminó en el s. XIX, las temperaturas del planeta han ido aumentando, aunque en el Período Cálido

⁴⁶ *Threat to Islands, Canberra Times, Monday 26th September 1988*

⁴⁷ *IPCC Assessment Report 5, Working Group 1, Chapter 2.6, p. 214-220)*

Medieval (sobre el s. X) fueran similares a las actuales. En el s. XX la temperatura del planeta aumentó desde 1910 a 1940, cayó desde 1940 hasta 1975 (sí, a pesar del aumento del CO₂ y de la industrialización), volvió a aumentar desde 1975 hasta 1999 y apenas ha aumentado desde entonces (lo que los científicos han denominado “la pausa”, aunque sospecho que no lo habrán leído en ningún medio). Si bien el CO₂, la correlación con el aumento de temperaturas recientes es débil. No es el lugar para criticar esta teoría, aunque existe una amplia bibliografía al respecto y pueden consultar en mi blog www.fpcs.es varios artículos que explican la postura escéptica. Como dije al principio, los males más peligrosos aparecen disfrazados de bienes deseables, y las mentiras más peligrosas son medias verdades. Pues bien, el cambio climático es uno de los mayores exponentes de un mal disfrazado de bien y de una mentira disfrazada de media verdad, empezando por la falacia de un “consenso” científico casi unánime: no hay tal, sino una asimétrica disparidad de opiniones y una agresiva censura de los muchos científicos escépticos con la supuesta responsabilidad del hombre sobre el clima o con la verosimilitud de las predicciones climáticas catastróficas (¿la meteorología no puede predecirse más allá de unos pocos días y, sin embargo, podemos saber qué clima tendrá la Tierra dentro de un siglo?). Ahora que ya conocen los embustes de la ideología ecologista les sorprenderá menos escuchar algo que hoy puede sonar blasfemo (utilizo el término “blasfemia” porque, en efecto, el ecologismo es una religión y decir esto le convierte a uno en hereje). La realidad es que la ciencia aún no comprende cómo funciona el clima, un sistema caótico, complejo y no lineal y que, como es lógico, el clima a largo plazo resulta fundamentalmente impredecible y está afectado por causas naturales, desde la radiación solar hasta la interacción de los océanos y las nubes. El Premio Nobel de Física Robert Laughlin lo resumía así: “Por favor mantengan la calma; no tenemos poder para cambiar el clima, algo que la Tierra hace de forma rutinaria sin pedir permiso a nadie ni dar explicaciones”.⁴⁸

En conclusión, la ideología ecologista es un lobo disfrazado de cordero que está manipulando las mentes y los corazones de muchos, un verdadero caballo de Troya que se presenta ante la sociedad como un regalo cuando en realidad es un proyecto de dominación de tintes totalitarios, enemigo de la libertad, de la verdad y del hombre, y tan peligroso como el comunismo. Esta misma ideología pagana y anticristiana, que ha declarado la guerra al Génesis, está intentando confundir a la Iglesia, y tanto el reciente Sínodo de la Amazonia como ciertos aspectos de *Laudato Si* son legítima causa de inquietud en este sentido. Es tiempo de ejercitar la virtud de la prudencia.

Fernando del Pino Calvo-Sotelo
Noviembre de 2019

www.fpcs.es

⁴⁸ NEIL REYNOLDS, «Please remain calm. The Earth will heal itself», *Globe and Mail* 19 julio 2010